

Identidades desgajadas: la experiencia del exilio y la memoria. Un análisis sobre “El regreso” de Francisco Ayala y “Copenhague” de Antonio Muñoz Molina

María Laura Angelelli*

lauangelelli97@gmail.com

Oriana Ibarra Rivadera

oriana.rivadera@hotmail.com

Universidad Nacional de Córdoba

RESUMEN

En la historia de la humanidad, el proceso del exilio ha sido una variable que se sostuvo a pesar del paso del tiempo. Resulta ingenuo pensar que dicho proceso no provoque cambios tanto a nivel individual como colectivo puesto que es una experiencia desgarradora que transforma la identidad propia, la cual se desarrolla en conjunto con una comunidad. La enajenación, melancolía y el desgarramiento de las raíces son ejes fundamentales para comprender y aprehender las nuevas subjetividades que surgen de estos procesos. Así mismo, es importante tomar la experiencia del exilio como una posibilidad de sobrepasar dicotomías y acercarse a nuevos espacios de percepción y entendimiento de la realidad. Es a partir de esto que analizaremos a continuación las características de este proceso y sus variantes dentro de la literatura española, en los relatos “El Regreso” de Francisco Ayala y “Copenhague” de Antonio Muñoz Molina.

Palabras clave: Exilio. Melancolía. Memoria. Memoria colectiva

Broken identities: the experience of exile and memory. An analysis of "El regreso" by Francisco Ayala and "Copenhague" by Antonio Muñoz Molina

ABSTRACT

In the history of humanity, the process of exile has been a variable that was sustained despite the passage of time. It is naive to think that this process does not cause changes both individually and collectively, since it is a harrowing experience that transforms the identity that develops in conjunction with a community. The alienation, melancholy and tearing of the roots are fundamental axes to understand and apprehend the new subjectivities that arise from these processes. Likewise, it is important to take the experience of exile as a possibility to overcome dichotomies and to approach new spaces of perception and understanding of reality. It is from this that we will analyze next the characteristics of this process and its variants within the Spanish literature, in the stories "El Regreso" by Francisco Ayala and "Copenhague" by Antonio Muñoz Molina.

Key words: Exile. Melancholy. Memory. Collective memory

*En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abrevia.
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,
por los floridos valles, mi corazón te lleva.
En el tren, abril 1912
(CXVI, Recuerdos)*

Antonio Machado, *Campos de Castilla*.

1. Introducción

La práctica del exilio atraviesa la historia universal de la humanidad y es un acontecimiento que adquirió gran magnitud en el siglo XX,

por lo que resulta un fenómeno de interés para distintas áreas de estudio. En este sentido, el campo literario se conformó como un espacio de poder que le otorga voz a aquellos que sufrieron el proceso de desarraigo, les provee de una vía de comunicación y reconexión con otros y ayuda a construir así una memoria colectiva de lo sucedido. En el siguiente trabajo expondremos brevemente las teorías elaboradas acerca del exilio y su conjunción con los conceptos de memoria, melancolía e identidad, para luego analizar cómo se trasladan estos conceptos en la literatura española de los siglos XX y XXI, específicamente hablando, “El regreso” de Francisco Ayala y “Copenhague”, relato que pertenece a la novela *Sefarad* de Antonio Muñoz Molina.

“El regreso” es un relato de la obra *La cabeza de cordero*, escrito por Francisco Ayala en 1949, diez años después del enfrentamiento entre el bando republicano y el bando sublevado, hecho que se prolongó en una guerra civil de tres años y que terminó en 1939, con la derrota de los republicanos y la dictadura franquista que se mantuvo en el poder hasta 1975. En este breve relato, dividido en diez partes, se narra la experiencia del exilio y desexilio de un republicano (cuya identidad se desconoce), el cual llevó una vida melancólica en Buenos Aires durante diez años para luego volver a España. Allí se produce el desengaño respecto a las ideas y recuerdos sobre la patria que se dejó atrás, y el sujeto comprende lo irremediable del desarraigo, la pérdida y la imposibilidad del desexilio.

Por otra parte, *Sefarad* de Antonio Muñoz Molina fue publicada en 2001, ya en años de democracia española, y surge en respuesta al proceso de recuperación del pasado, luego de la dictadura ante la necesidad de establecer líneas comunes entre la historia española y la del resto de Europa. En esta “novela de novelas” analizaremos el relato “Co-

penhague”, que tiene por eje central los desplazamientos (en particular, aquellos producidos en trenes). Dicho eje enlaza vivencias de diferentes sujetos de diversos espacios y tiempos (que a veces se dan de manera simultánea) pero se hace hincapié particularmente en aquellas experiencias y relatos relacionados a las víctimas de persecución por parte de gobiernos totalitarios. En “Copenhague” podemos leer la necesidad de una comunicación empática con las víctimas para restablecer el sentimiento de comunidad y conformar una memoria colectiva, ante el olvido y el extremo individualismo sobre el que se sostiene el autoritarismo.



2. Exilio, desexilio e identidad

Para comenzar, nos parece pertinente tomar el texto *Mito y tragedia en la Grecia antigua* de Vernant y Vidal-Naquet (1987) quienes explican la práctica del ostracismo en Grecia, mediante la cual se desterraba a aquellos que veían como una amenaza para su comunidad por estar por encima o por debajo de las leyes de los hombres y del orden establecido. Es posible entender, entonces, que desde la antigüedad se construía a un ‘otro’ dentro de lo ‘mismo’. Por ende, excluían a aquellos que empezaron a ver como extraños, a los que rompían la ley y modelo de cómo debían ser los hombres. Era, de cierta ma-

nera, una práctica que aseguraba la continuidad de un orden y de una estructura considerada como normal.

Más cerca de nuestro tiempo, Luis Roniger define al exilio como “un mecanismo institucionalizado de control político” (2010) para alejar a la gente que genera problemas. Señala que dicho mecanismo se generó en los países del continente americano ya en época colonial, tiempos en los que se denominaba ‘destierro’. Para expandir la caracterización sobre este proceso, el autor recupera a distintos intelectuales (como ser Ángel Rama, Edward Said, entre otros) que otorgan conceptos claves para entender la evolución de las identidades construidas a partir de la experiencia del exilio.

En primera instancia, el sujeto exiliado no experimenta su proceso de desplazamiento como lo hace un sujeto migrante. Al sufrir un destierro, los individuos se ven obligados a abandonar su país, mientras que los migrantes han optado por salir voluntariamente de sus tierras. Quien ha sido exiliado no puede regresar a su patria, mientras que quienes migran, al haber abandonado voluntariamente su lugar de origen, tienen la posibilidad de regresar. El exilio, considerado desde esta perspectiva, resulta un desplazamiento forzado, involuntario y violento. Así mismo, los sentimientos de extrañamiento, enajenación y discontinuidad acompañan a estos procesos de desarraigo y pérdida de firmezas. Quien llega a un nuevo espacio que desconoce (tanto geográfica como lingüísticamente) se siente fuera de lugar: todo es nuevo y extraño, los que pertenecen a ese espacio miran al recién llegado como un extranjero, como el otro que no pertenece.

Esto se puede leer en el relato “Copenhague” de Muñoz Molina, en donde el narrador se plantea cómo se debe haber sentido para aquellos que vivieron y viven esas situaciones:

Cómo sería acercarse en tren a una estación fronteriza y no saber si uno sería rechazado, si no le impedirían cruzar al otro lado, a la salvación que estaba a un paso, los guardias de uniforme que examinaran con cruenta lentitud sus papeles, alzando la mirada arrogante para comparar la cara de la fotografía en el pasaporte con esa cara llena de miedo en la que apenas llega a mostrarse una expresión de normalidad, de inocencia. (Muñoz Molina, 2001: 19)

A la enajenación ya mencionada, se suman los sentimientos de añoranza y melancolía. En relación con esto, Daniel Teobaldi toma la melancolía, de cierta manera, como un mal común, en tanto que surge por la consciencia de nuestra mortalidad. Cita a Robert Burton, quien plantea la melancolía como “una tristeza cósmica, una tristeza que empapa y contamina al universo entero” (2008: 3), representada a menudo en la tradición iconográfica por espacios vacíos, paisajes fúnebres, materias yertas, en definitiva, por el vacío y la muerte. Estos dos últimos son cuestiones recurrentes en los textos que analizamos en tanto que los exiliados conocen la falta de sentido, el naufragio, el desamparo y la pérdida. Si bien estas situaciones pueden llevar a los sujetos a un estado de aislamiento también son, al mismo tiempo, una experiencia común a todos, especialmente en y después de la modernidad por ser ésta una época de pérdida de certezas y de centros, sumándose a esto las ideas existencialistas del absurdo.

La melancolía en general provoca que el exiliado no busque una nueva vida ni un nuevo hogar en la tierra en la que vive su exilio, ya que considera esta nueva instancia como algo temporal. El sujeto se encuentra ensimismado y centra todo su interés en la ausencia del objeto amado. Así, el exiliado se convierte en un sujeto difícilmente asimilable a la sociedad que lo acoge. En “El

regreso” se puede observar claramente que el protagonista narrador vive escindido de la realidad que se desenvuelve en la tierra del exilio, en un tiempo y espacio que no concuerda con lo que vivencia a causa de su continua añoranza y melancolía por la patria que dejó atrás, por el constante recordar y oír noticias de lo que está ocurriendo del otro lado del océano. Estas historias separaban a los exiliados “de la realidad de cada día para situarlos en el plano de lo imaginario” (Ayala, 1949: 512). Entonces, en este fragmento podemos leer que la “España” en la que viven internamente es de un orden imaginario, estableciéndose así en los sujetos cierto sentimiento de irrealidad con respecto a la situación española, lo que persistirá aún luego del desexilio.



Por otra parte, creemos necesario remarcar que la primera frase resulta reveladora en este relato ya que podemos pensarla como una prolepsis temática: “Me decidí a regresar” (Ayala, 1949: 511). Desde estas primeras palabras se va conformando, entonces, un viaje de retorno hacia un ‘allá’ que se añora y en el que jamás se dejó de pensar; mientras que el ‘acá’ se vuelve un espacio que no se desea, y está cargado con connotaciones de melancolía, tristeza, añoranza: “una gran tristeza se me entró por el cuerpo y, ahí mismo, en ese mismo instante, decido volverme para

España en el primer barco”. (Ayala, 1949: 513)

Siguiendo un poco estas líneas, Edward Said en sus ensayos establece que “el exilio es fundamentalmente un estado discontinuo del ser” (2005: 106) puesto que quien ha sido exiliado se encuentra separado de sus raíces, su tierra, tradición y pasado. El exiliado tiene que enfrentar hábitos de vida, expresión o actividad del nuevo entorno con la memoria de hábitos pasados. Esto, por un lado, permite obtener una enriquecedora pluralidad de miradas al tener conciencia de por lo menos dos culturas, lo que le permite al exiliado romper fronteras ya que es un sujeto que conoce la diversidad de culturas y perspectivas. Así, tiene la posibilidad de ser, según Said, un sujeto renovador. Esto se debe a que podrían reconocer la falta de centros eternos y la imposibilidad de que una cultura sea superior a otra, admitiendo la falla en las creencias que se plantean como verdades incuestionables, y de esta manera, desligándose así de conceptos cerrados, de la seguridad de lo absoluto. El exiliado sabe que los hogares son siempre provisorios:

“Y justo al otro lado de la frontera entre ‘nosotros’ y ‘los de fuera’ se encuentra el peligroso territorio de la no pertenencia: ahí es donde en una época primitiva se desterraba a la gente, y por donde en la era moderna merodean inmensas cantidades de humanidad como personas refugiadas y desplazadas” (Said, 2005: 105)

Entonces, los sujetos exiliados ya no comparten ni tiempo ni espacio con sus compatriotas, lo que provoca un desajuste en la imagen que tienen los primeros de su comunidad. La relación con sus naciones se vuelve ambigua: pertenecen a éstas y a la vez no. De una misma manera, son iguales y a la vez diferentes: el pasado sigue vivo en su presente. El exiliado, en este sentido, se

encuentra entre dos dimensiones simultáneas: el espacio de la no pertenencia. Para ellos, tanto lo nuevo como lo viejo suceden juntos de forma contrapuntística. El pasado es un dolor que continúa debido a que los hechos traumáticos se hacen continuamente presentes en la memoria, en los sueños y en los comportamientos de los sujetos. Por ejemplo, el pánico que sintió la madre de Camille Safra, en el relato “Copenhague”, cuando se quedaron encerradas en una habitación de un hotel de Francia, país al que retornaron por unos días después de vivir exiliadas en Dinamarca: “No vamos a salir nunca de aquí, repetía, no teníamos que haber vuelto, esta vez *no van a dejarnos salir*.” (Muñoz Molina, 2001: 25). Este terror era producto de la persecución que sufrieron cuando Francia fue ocupada por las tropas alemanas, teniendo que exiliarse ambas féminas por ser judías.

También, el pasado, la tierra perdida a la que no se puede acceder está presente en la literatura misma, es decir, tanto la escritura como la lectura se vuelven el único hogar firme o el acceso a lo perdido. Tal es el caso que se presenta en el relato de Muñoz Molina cuando se narra: “*De pronto aquel libro que iba leyendo era su único lazo con su vida anterior, con la España perdida a la que tal vez no podría volver y la Europa que aún no había emergido del cataclismo de la guerra.*” (Muñoz Molina, 2001: 20)

Por otra parte, desprenderse de las comunidades puede ocasionar el insilio, un proceso que se produce a pesar de hablar el mismo idioma de los conciudadanos y compartir el mismo espacio. Así, el sujeto se encuentra extraño para los suyos; sin haber salido de su tierra, pierden a su comunidad; son el otro en tanto a que son marginados, y esta marginalidad y el aislamiento los hacen incomprensibles. En “El regreso” observamos que ante la noticia impactante de haber sido traicionado por su amigo

Abeledo, el protagonista comienza un peregrinar por su tierra en búsqueda de dos respuestas: el porqué de la traición y el motivo de su regreso, es decir, busca una razón para estar allí, en ese espacio que poco concuerda con la España que él recuerda. Mediante este desplazamiento, vemos que busca constantemente la tierra del pasado, y como sucedía en la tierra del exilio, no puede conectar con el momento del ahora, rememorando cómo las cosas solían ser y buscando en ese tiempo las respuestas a sus desplazamientos del ahora. Ante este desfase del recuerdo con la realidad, el protagonista comienza un proceso de insilio en la propia patria: “[...] la guerra cuyos trasiegos habían convertido a mi Santiago en una ciudad extraña, repleta de extraños [...] un Santiago desconocido e indiferente” (Ayala, 1949: 534)

En otra línea, en “Copenhague”, el narrador que nuclea todas las voces y memorias ajenas, al cruzarse con una estatua de Kierkegaard reflexiona sobre esta figura que pertenecía y a la vez no a su comunidad:

[...] su estatua seguía manteniendo un ademán transeúnte, fugitivo, huraño, un desasosiego de ir caminando solo por una ciudad cerrada y hostil y de mirar de soslayo a la gente que despreciaba, y que lo despreciaba todavía más a él, no solo por su joroba y su cabezón, sino por la extravagancia incomprensible de sus escritos, de su furiosa fe bíblica, tan desterrado y apátrida en su ciudad natal como si se hubiera visto forzado a vivir al otro lado del mundo (Muñoz Molina, 2001: 22)

Podemos pensar en esto en relación con el insilio dado que Kierkegaard resultó, como dice la cita, incomprensible para los otros dentro de la comunidad danesa, lo cual llevó a su insilio. Leyendo este fragmento en relación con el texto de Vernant mencionado al comienzo, vemos que lo incomprensible

es desterrado, lo que no se puede o no se quiere comprender por no encajar en lo instalado como norma o normal, es aislado.

Bajo estas ideas, recapitulamos un poco cómo se conforman las identidades en el exilio, y para completar esto traemos a colación los estudios de Jorge Bracamonte (2014), quien recupera las teorías de Silvia Barei, y señala que existen diferentes formas de relación entre el ‘yo’ (mismidad) y el ‘otro’ (otredad): ignorar, guerrear o relacionarse para intercambiar los divergentes aspectos de las identidades. Así mismo, esta ‘otredad’ se construye de diferentes maneras: como un ‘otro íntimo’, es decir, el yo diversificado en otredades que conforman su identidad, el ‘otro como ello’, esto es, en contra de un nosotros identitario, y el ‘otro interno a la cultura’, el cual se instituye dentro de un sistema de diferencias que puede ser sexual, de clase, económico, político, cultural, etc. Podemos entender, entonces, que la identidad (mismidad) se forja en relación con uno mismo, con la comunidad propia y con la comunidad extranjera, porque es, en definitiva, en la comunidad donde se dan los lazos relacionales, donde se posibilita un actuar que da paso al sentido de pertenencia y se construyen imágenes y relatos para hablar de una identidad global.

De una misma manera, Nubia Bello (2000) afirma que la identidad es el resultado de la interacción con el medio y de la apropiación y construcción que se hace del mismo. Se retoma entonces la idea de que el ‘yo’ se constituye en la relación cambiante, ambigua e inestable entre lo individual y lo social, entre el ‘yo’ y el ‘otro’ que se conforman mutuamente, dado que nunca se encuentran tajantemente separados. En este sentido, el exiliado desplazado al llegar al nuevo territorio se define bajo la mirada de la nueva comunidad como el extraño, el ‘otro’, perdiendo así el relato del ‘nosotros’ y viéndose obligado a construir

un nuevo relato de sí. El nuevo contexto es ajeno y desconocido, y la identidad que se construye debe ser coherente a lo que se vive, topándose también con versiones de su identidad construida por los ‘otros’ en base al fenómeno del desplazamiento y la información que se transmite en los medios, básicamente, su identidad se forma en base a prejuicios:

El desconocimiento que se tiene de los otros, o la poca información que de ellos se posea, da lugar a elaborar no solo una nueva, sino múltiples biografías. Se tendrán distintas versiones generándose no sólo contradicciones entre las actuales, sino discontinuidades con la anterior (la de quienes lo conocieron y quienes lo acaban de conocer). Esto, sumado a la pérdida de sus "señales distintivas" (documentos, títulos de propiedad) genera confusión, temor e inseguridad (Bello, 2000)

Resumiendo, se puede decir que, con el exilio, aquellos sujetos que se percibían como un otro interno (con quien se comparte una comunidad pese a las diferencias) se pasan a percibir como un otro externo, como el extranjero que no pertenece a la misma comunidad y que viene a alterar o amenazar el ‘orden’, la ‘normalidad’: se volvieron otros que, como vimos, tienen una relación ambigua con sus comunidades. Con estos conceptos, notamos que la identidad del personaje protagonista de “El Regreso” se conforma no sólo por los sentimientos de desarraigo y enajenación, producto del desplazamiento, sino también por su interacción con las ‘otredades’. Así, en Santiago, ciudad a la que regresa, se puede observar un ‘nosotros’ (comunidad) que mira al recién llegado como si fuese un extranjero: *“mirábame como a un viajero que llega de la estación con su equipaje a rastras”* (Ayala, 1949: 516). Además, resulta importante señalar las complicaciones en las interacciones con aquellos

que se quedaron en la tierra: son discontinuas, no hay una comunicación real puesto que los mensajes son vaciados de significados, las respuestas son vagas, además de ser el silencio y el miedo una respuesta constante ante la presencia del ‘extraño’ que abandonó la patria. Sucede que ni el narrador ni la gente con la que se encuentra se comprenden mutuamente, en parte porque en los años que pasaron vivieron experiencias y realidades diferentes, y las relaciones que mantenían se perdieron por el distanciamiento. También ocurre que este personaje cambia las narraciones sobre su mismidad en las conversaciones con los otros, tratando de acomodarse al nuevo contexto que se enfrenta:

aquellos sentimientos tan intensos y tan puros que un día llenaron mi pecho fue una especie de arrebato que hoy me extraña, como si se lo viese sufrir a otra persona, a alguien un tanto disparatado en sus motivos, en sus reacciones y actitudes [...] Le conté, pues, como, forzado por las circunstancias, había tenido que hacer la guerra (Ayala, 1949: 518)

Es decir, su identidad está escindida en otredades internas, pertenecientes a un pasado que es parte de su mismidad y a la vez no lo es por encontrarlo ajeno a sus actitudes del ahora. Entonces, nos encontramos con que el personaje observa desde una mirada ajena los valores que defendía en su juventud, cuestionándose si el bando por el que luchó no manejaba la misma lógica irracional del bando subversivo, es decir, ejercer su poder de la misma manera violenta y terrible en la que lo ejerció el bando ganador. Bajo esta perspectiva no es errado pensar que el protagonista de “El Regreso” sufrió una escisión en su personalidad, al haber sido arrancado por la fuerza de sus raíces y tradición, entonces, todo aquello que antes era un pilar que funcionaba como motor y sentido

de su vida se desvanece y sólo quedan las preguntas y cuestionamientos constantes de lo que podría haber sido.

En otras líneas, así como existe el exilio también podemos hablar de la experiencia del desexilio. Este término, como dice Luis Roniger, fue creado por Mario Benedetti en 1982, en el marco de su novela *Primavera con una esquina rota*. El autor aquí intentó dar cuenta de una situación habitual en muchos sujetos que, tras un exilio prolongado, debían retornar a su patria. Así, nos encontramos con un nuevo proceso que, a diferencia del exilio, resulta de una opción interna a la que se llega siempre por algún motivo que genera la obligación del desexilio, puesto que el exiliado siempre está pensando en retornar a la patria desde el momento cero de sufrir la imposición de la expatriación.

El retorno, para quien se desexilia, puede ser grato como no: el tener que regresar a la tierra que se abandonó se puede tornar, también, en una experiencia tan traumática como lo fue el exilio. El país que se ha dejado atrás ya no volverá en el tiempo del presente, por lo tanto, entra en juego la ‘asimilación’, ya que el espacio al que se debe regresar se resignifica mediante un fuerte extrañamiento, puesto que el tiempo produjo cambios tanto a nivel externo como interno, mientras que el espacio del exilio se llena de connotaciones positivas (inserción, trabajo, relaciones, etc.).

Cuando hablamos de cambios a nivel externo, nos referimos a la experiencia de enfrentarse con lo que piensan los ‘otros’ del sujeto exiliado, es decir, cómo construyen su identidad a partir de la experiencia propia de no exiliados y de desexiliados positivamente. Al hablar de nivel interno, hacemos referencia a que la percepción del sujeto cambia ante la resemantización de su identidad, debido al proceso del exilio y la adecuación al espacio nuevo que lo acoge (en este sentido, la asimilación de una nueva cultura y por ende, una nueva

mirada sobre la realidad). Entonces, el regreso se vuelve un proceso de extrañamiento y de pérdidas de certezas, tal cual lo fue el proceso del exilio. El sujeto es, en otras palabras, un extraño para sí mismo y un extranjero en su propia patria:

Las personas desplazadas enfrentan transformaciones en el ámbito familiar que como ya se mencionó, pueden repercutir también en la modificación de sus roles y que pueden devenir en una desvalorización o revitalización de la imagen de sí. Simultáneamente [...] una revolución social en su ambiente, una transformación total por cuanto el individuo “permuta mundos” y sufre rupturas en su biografía subjetiva. (Bello, 2000)

Así, vemos en el relato de Ayala, cuando el narrador protagonista está en Santiago de Compostela, cómo se carga el lugar del allá (Buenos Aires) con connotaciones positivas:

me sentía en aquel país como en mi propia casa; canté loas de la tierra argentina, tan próspera, a la que tendría que volver, aun cuando por ahora no hubiera pensado en ello, dados los motivos de índole familiar que me habían forzado a reintegrarme a España (Ayala, 1949: 524)

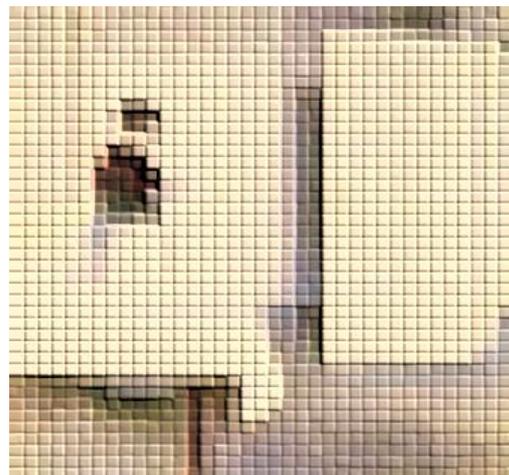
Esta cita resulta reveladora en cuanto a la descripción de una identidad en el desexilio puesto que se observa que el retorno, pese a haber sido una acción meditada en la individualidad, tiene un adherente de obligatoriedad en tanto que dice haberse visto ‘forzado’ a realizarlo; no resulta un deseo real. Además, la patria que lo acogió en el exilio se carga de aspectos positivos, mientras que la reincorporación a España es difícil puesto que el personaje se siente totalmente rechazado ante la noticia de haber sido delatado por alguien de su

confianza y porque, en adición, experimentó cambios internos (no tiene los mismos sentimientos que en la juventud) y España así mismo resultaba irrecognocible luego de la guerra civil y el comienzo del Régimen Franquista.

Así mismo, vemos que, ante el desarraigo y la imposibilidad del desexilio, el personaje siente la falta de sentido de su presencia allí, en donde ya no tiene un lugar, especialmente con la dictadura de Franco imponiendo una cerrazón en el país. Comprendiendo que está buscando un fantasma, vuelve la añoranza por Buenos Aires y Mariana:

“estúpida obsesión de encontrar a Abeledo, días tontos, vacíos, en cuya grisura más de una vez se había hecho sentir, como una oscura punzada, el recuerdo de Mariana, el deseo de Mariana” (Ayala, 1949: 538).

Entiende que, durante su espera por volver a España, en su fijación por el pasado, el tiempo inevitablemente continuó y todo se fue modificando de manera irreparable: “[...] yo esperaba siempre ver cambiar lo de España y el tiempo me iba cambiando a mí de muchacho en hombre [...]” (Ayala, 1949: 541).



A estas cuestiones las vemos también en “Copenhague”, en la historia de Camille Safra y su madre, quienes enca-

ran el mismo extrañamiento (de ellas hacia sus compatriotas y viceversa): “Antiguos vecinos y conocidos las miraban con desconfianza, con abierto rechazo, como temiendo que hubieran regresado para reclamar algo, para acusar o pedir cuentas” (Muñoz Molina, 2001: 23) Entonces, Camille y su madre son construidas ante la mirada del otro como las extranjeras que vienen a irrumpir en el orden del ‘nosotros’, avivando también la desconfianza instalada en una sociedad que se había visto violentada constantemente por los nazis, amenaza que se sentía viva y presente aún, pese a que ya se había retirado de ese país la ocupación alemana. Esta presencia se sentía, en el miedo y la desconfianza general, pero también en las ideas antisemitas que persistían; en las miradas odiosas que recibían los judíos en los trenes, en el temor de la madre de Camille a la burla de los otros cuando se enteren de que se habían quedado encerradas: “Se reirán de nosotras, dos judías ridículas. A quién se le ocurre quedarse encerrado de este modo en una habitación” (Muñoz Molina, 2001: 24)

Nuevamente, encontramos sujetos a quienes el regreso les resulta imposible, especialmente por todas las tensiones y dolores no solucionados, los cuales no permitían ser ignorados como si nada hubiera pasado:

Solo volvieron al país una vez, en el otoño de 1944, y se dieron cuenta las dos de que en tan pocos años habían dejado de pertenecer a su patria de origen, de la que habrían sido deportadas hacia los campos de exterminio sino hubiesen escapado a tiempo: por gratitud, ya eran danesas. (Muñoz Molina, 2001: 22)

3. Memoria e identidad

Respecto a la presencia de la memoria como conformadora de identidad en estos relatos, nos resulta esencial recu-

perar el texto *Los abusos de la memoria* de Tzvetan Todorov (1995). Primeramente, consideramos oportuno traer a colación lo que advierte el autor sobre la memoria: es una selección en base a ciertos criterios, los cuales van a servir para orientar la utilización que hacemos del pasado en el presente. En este sentido, nada debe impedir la recuperación de la memoria, y en tanto los hechos sean de naturaleza excepcional o trágica recordar se vuelve un deber.

Esencialmente, para analizar las obras que nos competen, retomamos la idea de que el pasado debe servir de lección, es decir, debemos tener conciencia de que los hechos del pasado son singulares en sí mismos, pero pueden usarse para actuar en función del recuerdo sobre el presente. Entonces, para sacar provecho de la memoria, las experiencias recordadas deben ser reconocidas como sucesos que pueden tener en común algo con experiencias/sucesos del presente/pasado. A esto lo podemos ver particularmente en “Copenhague” por el hecho de que todos los hechos y narraciones (situados en diferentes tiempos) aparecen unidos por semas comunes, siendo uno de ellos los viajes en trenes que enlazan acontecimientos del pasado con los de la actualidad y provocan por momentos la sensación de que estos estuvieran ocurriendo simultáneamente:

Era, viendo esas caras y escuchando esas palabras desleídas en el sueño, como si yo no viajara en el tren donde íbamos, sino en cualquiera de los trenes de los que ellos hablaban, trenes de soldados vencidos o de deportados que viajaban eternamente sin llegar a su destino y se quedaban parados durante noches enteras en andenes sin luces. (Muñoz Molina, 2001: 17)

De esta manera, se establece una especie de quiebre respecto a las fronteras espacio temporales, lo que apunta a

la participación activa del lector junto a la utilización de la segunda persona dentro de la narración, situando al mismo en las realidades que vivieron y viven otros, haciendo presente tanto el pasado como aquellos acontecimientos que pasan desapercibidos en la actualidad. Destacamos, entonces, la difuminación de las fronteras entre el yo-lector y los otros representados en la narración, porque se genera una identificación del primero con los últimos mediante diferentes recursos narrativos, como preguntas retóricas, deícticos de personas, cambio de narradores, la intertextualidad, etc.

En una misma línea, el viaje en tren se podría tomar como una metáfora del desplazamiento real y de la memoria (temporal), ya que en el mismo las identidades permutan, dando paso a la mirada del otro y a la conformación de la propia identidad a través de la apropiación de la/s otredad/es mediante la oralidad, la escritura, el recuerdo, entre otras. En “Copenhague”, vemos que el narrador al realizar desplazamientos voluntarios, siente que “se aligera de sí mismo, de sus obligaciones y de su pasado” (Muñoz Molina, 2001: 15), dejando atrás las miradas y las expectativas de otros. Su yo se vuelve más dinámico y abierto en tanto que ya no está tan atado a estas imposiciones, lo que le facilita de cierta manera conectarse y compartir con otros, transformándose a sí mismo al conocerlos y al aprender de estos. Sus fronteras de lo que él es y no es ya no están tan delimitadas: “no soy nadie y puedo ser cualquiera” (Muñoz Molina, 2001: 15). A esta ‘nueva existencia’ que le traen los desplazamientos la relaciona constantemente con la ficción y el sueño. De cierta manera podemos leer que estos se asemejan porque abren al individuo, sacándolo de su realidad cotidiana y de sí mismos.

Por otro lado, vemos que, si bien el pasado individual se ausenta parcialmente, el pasado colectivo se manifiesta

en todo momento, justamente por medio de las historias que se cuentan en el tren y también a través del enlace entre el viaje del narrador con los desplazamientos de otros, como mencionamos anteriormente. El sujeto ya no se encuentra enraizado en un solo espacio, en un único tiempo ni en una identidad cerrada.

Otro ejemplo de lo que venimos exponiendo está presente en “El Regreso”. En Santiago el personaje comienza a rememorar el pasado previo a la Guerra Civil española, ante una noticia que lo deja altamente marcado: uno de sus mejores amigos, Abeledo González, lo había delatado para entregarlo a los nacionalistas: desde esta instancia, Abeledo va a ser construido desde la perspectiva y la memoria del protagonista narrador, quien analiza la identidad del mismo (y la propia) a partir de la recuperación de hecho del pasado, la cual provocará que la figura de este “amigo” se vaya llenando progresivamente de semas negativos.

Podemos pensar, en consideración a esto, que la figura de Abeledo resulta una sinécdoque del pueblo español, puesto que representa la irracionalidad de sus extremismos, de generar divisiones y trampas para con los hermanos de su propia patria: “[...]ni la comunidad de la sangre era excusa frente a aquella otra comunión insensata” (Ayala, 1949: 531); “La infamia de tantos y tantos como aprovecharon la guerra civil para satisfacer sus pequeños rencores, sus miserias inconfesables, tenía ahora un rostro: el de mi amigo Abeledo” (Ayala, 1949: 529).

Al finalizar la obra, la idealización de su relación con Abeledo (como una amistad pacífica) y la idealización de España caen cuando encara lo amargo del pasado, de una traición que no era tan sorpresiva, de una guerra anunciada. Además, en cierto sentido, podemos pensar que cuando visita la tumba de Abeledo, está encarando la muerte también de todo lo que iba a buscar a Espa-

ña que había intentado negar con fantasías. En definitiva, inicia un duelo que, como dice Todorov significa sacar al pasado literal del centro del pensamiento, comprendiendo que es en vano continuar lamentándose eternamente por lo perdido. Así la obra resulta una crítica y propuesta al mismo tiempo, para mirar al presente y futuro con los ojos del pasado, pero no en su sentido literal, como dice Todorov, sino en su uso ejemplificador para accionar sobre la nueva realidad.

Siguiendo a Edelman y Kordon (2010), entendemos que el sujeto está abierto a su historia en la actualidad. Ante esto, el sujeto se encuentra entre la repetición y la creación, porque los encuentros, vínculos, traumas, realidad, duelos, etc., organizan identidades que recrean todo lo que reciben. Es por esto que creemos correcto entender al pasado como un principio de acción para el presente, ya que el sujeto, organizando sus asociaciones, acude a las semejanzas entre pasado-presente para buscar la explicación a la analogía de los sucesos. Con estas perspectivas, entendemos que la memoria es parte fundamental en la construcción de la identidad, la cual no se conforma aisladamente. Relacionando directamente con lo que dijimos en el apartado anterior sobre otredad/mismidad, rescatamos la idea de Todorov que sostiene que en el 'yo presente' interviene un 'yo arcaico' (experiencias pasadas) y un 'yo reflexivo', es decir, la imagen que los demás tienen de nosotros -o más bien de aquella que imaginamos estará presente en sus mentes- (el yo a través de la mirada del otro, como me conformo ante la mirada del otro). Consecuentemente, podemos relacionar esta construcción de la identidad con los conceptos de Maurice Halbwachs sobre la memoria colectiva (1968): el hombre no recuerda solo, sino con la ayuda de los recuerdos de otros, e incluso toma prestado los recuerdos de relatos ajenos para confor-

mar su memoria. Así, la dimensión colectiva es constitutiva de la memoria individual y el ser humano no puede usar su memoria fuera de la comunidad, ya que los marcos sociales encierran y relacionan sus recuerdos más íntimos.

En relación con lo dicho, podemos leer en el relato de Muñoz Molina la necesidad de los sujetos marginados de dejar rastros de sus vivencias y de sus viajes; por ejemplo, al contarle sus historias a otros, al gritar sus nombres desde los lugares en donde estaban apresados, es decir, la importancia de la oralidad y la rememoración para que las identidades no queden perdidas en el tiempo, sino que mediante este enlace de historias con sujetos marginales sirva como acervo de la memoria colectiva:

se asomaban a una ventanilla o a un respiradero entre dos tablones y gritaban sus nombres a cualquiera que pasara, o arrojaban una carta, o un papel [...] con la esperanza de que la noticia de que seguían vivas llegara a sus familiares (Muñoz Molina, 2001: 18)

En este punto podemos retomar las palabras de Lucila Edelman y Diana Kordon en su texto sobre el trauma social, en donde afirman que

cuando el yo ya está constituido el traumatismo opera como una piedra lanzada con violencia que arrasa con las modalidades previas de funcionamiento de la vida psíquica. Puede modificar las estructuras previas; puede arrasar parte o la totalidad del yo. (Edelman y Kordon, 2010)

A partir de lo dicho, es posible decir que las situaciones traumáticas para los sujetos los enfrentan con la fragilidad de los seres, de la memoria y de la identidad, con la inestabilidad del mundo, la fugacidad del tiempo y la facilidad con la que todo se desvanece. Ante esto, es sólo en el lazo con la comuni-

dad donde se puede conformar la identidad y la memoria, dándole al sujeto un sentido. Leemos justamente la melancolía del exiliado que vimos en “El regreso” como un intento de lograr esa seguridad, pero por medio de una comunidad que sólo existía en sus recuerdos. De esta manera, paralizados en el pasado, se mantenían desconectados e incomprensibles para cualquier comunidad del presente. Dicha incomunicación es un problema muy importante a tener en cuenta también porque separa a los sujetos y favorece la construcción de imágenes erróneas sobre el otro.

El olvido y la incomunicación hacen al otro alguien lejano, un extraño, un posible enemigo antes que un igual. Ante esto, recordar y compartir con otros en el presente, se plantea como una cuestión fundamental; es, justamente, lo que podría hacer que los exiliados nuevamente tengan cierto sentido de comunidad y de seguridad que le permita sanar, para lo cual es necesario, como dice Bessel van der Kolk, ser realmente visto, oído y considerado por las personas a nuestro alrededor.

4. Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos recuperado y analizado las identidades en base a los conceptos de Exilio, Desexilio, Insilio y Memoria. La construcción que se hace de las mismas en las obras literarias analizadas es clara: nos encontramos con sujetos cuyas raíces han sido arrancadas por la imposición o ejecución de un proceso violento, que desarraiga, enajena y provoca transmutaciones identitarias. En este sentido, la melancolía está presente constantemente en estos procesos, ya que la misma se produce por la falta de aceptación de la pérdida, por la resignación ante la falta de un objeto amado, como dice Freud. Además, la melancolía provoca distorsiones sobre las situaciones y convierte las ausencias en

cuestiones personales que atentan contra la autoestima.

No obstante, cada obra hace un uso especial de la memoria: como ejemplo para el presente y futuras acciones, en el afán de interpelar al lector para que se identifique con estas realidades, se inmiscuya en las otredades marginales y descubra cómo revertir situaciones análogas en el presente; o en el afán de instruir sobre una situación dentro de una comunidad que no puede verse más allá ante la falta de esa mirada del “otro”, o más bien, del exiliado. Es decir, creemos que cada obra se inserta en una sociedad cuya función es conmemorar y depositar recuerdos en la memoria de sus lectores. Así, tomando los planteamientos de Roniger y Said, las obras funcionan para adoptar una mirada desarraigada y plural, que problematizan y critican la mirada homogénea de los sujetos integrados y de las ideas centralistas de las naciones, las cuales relegan la verdad en sí mismos y la falsedad, inferioridad, en los de afuera.

Ante la imagen de la absoluta soledad de Sísifo empujando la piedra, del hombre melancólico encerrado en una meditación desoladora, del exiliado incomunicado, pensamos en la existencia, la identidad y la memoria como cuestiones que se deben dar, de cierta manera, en comunidad (término más abierto que el de nación), en relaciones ambiguas y cambiantes, tensionadas por los enfrentamientos entre la multiplicidad de verdades y realidades, entre lo marginado y lo central, lo individual y lo social, el yo y el otro, el pasado y el presente, que existen de manera simultánea y nunca son completamente autónomos ni absolutos.

Referencias bibliográficas

- Ayala, F. (1949). “El regreso”. En *Narrativa Completa*. Madrid, España: Alianza Editorial.

- Bello, M.N. (2000). *Identidad, dignidad y desplazamiento forzado*. Bogotá, Colombia. Recuperado de: http://www.academia.edu/7750381/IDENTIDAD_DIGNIDAD_Y_DESPLAZ
- los otros: una manera de revisar el devenir de la narrativa argentina contemporánea. En Bracamonte, J y Marengo M. *Juego de espejos Otriedades y cambios en el sistema literario argentino contemporáneo*. Córdoba, Argentina: Alción Editora. (pp. 11-21.)
- Edelman, L., Kordon D. (2010) *Trauma social: trabajo elaborativo en grupos de reflexión*. Recuperado de: <http://www.intersubjetividad.com.ar/webseite/articulo.asp?id=230&idioma=&idd=5>
- Hallbawchs, M. (1968). Memoria colectiva y memoria histórica. *La memoria colectiva*. París, Francia: PUF, (pp. 209-219)
- Muñoz Molina, A. (2001). *Sefarad*. Madrid, España: Grupo Santillana de Ediciones.
- Roniger, L. (2010, 29 de agosto). Entrevista con el sociólogo Luis Roniger sobre las experiencias en Latinoamérica. *Página 12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-152183-2010-08-29.html>
- Bracamonte, J. (2014). Los unos y los otros: una manera de revisar el devenir de la narrativa argentina contemporánea. En Bracamonte, J y Marengo M. *Juego de espejos Otriedades y cambios en el sistema literario argentino contemporáneo*. Córdoba, Argentina: Alción Editora. (pp. 11-21.)
- Said, E. (2005) *Reflexiones sobre el exilio: ensayos literarios y culturales seleccionados por el autor*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Debate. (pp. 103-113.)
- Teobaldi, D. (2008, 1 diciembre). Borges: entre la memoria, la melancolía y el olvido. *Revista de Culturas y Literaturas Comparadas*. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/CultyLit/article/view/12851>
- Todorov, T. (1995). *Los abusos de la memoria*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Van Der Kolk B. (2015). *El cuerpo lleva la cuenta: Cerebro, mente y cuerpo en la superación del trauma*. Barcelona, España: Editorial Eleftheria.
- Vernant, J.P., Vidal-Naquet P. (1987). *Mito y tragedia en la Grecia antigua: Volumen I*. Madrid, España: Paidós.

* María Laura Angelelli es Técnica Instrumental en Corrección Literaria (2019). Estudiante avanzada de la carrera de Letras Modernas, en la orientación Estudios Literarios, de la Universidad Nacional de Córdoba. Es también ayudante alumna en las cátedras de *Literatura de habla francesa* y *Literatura española II*. Participa como ayudante alumna en el grupo de investigación *Intimidad y Memoria en las escrituras del Yo*, perteneciente al Centro de Investigaciones *María Saleme de Burnichon* de la Facultad de Filosofía y Humanidades, dirigido por la Dra. Silvia Cattoni.

Oriana Ibarra Rivadera es estudiante avanzada de la Licenciatura en Letras Modernas, en la orientación de estudios literarios, en la Universidad Nacional de Córdoba. Es también estudiante avanzada de la Tecnicatura en corrección literaria de la Universidad Nacional de Córdoba.